

"La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio"



5. La Eucaristía, Luz y Vida para los **Organismos, Movimientos y Asociaciones Laicales** en el Nuevo Milenio



Pb. © Santiago Navaró Chávez

Colección “La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio”

**5. LA EUCARISTÍA, LUZ Y VIDA PARA
LOS ORGANISMOS, MOVIMIENTOS
Y ASOCIACIONES LAICALES
EN EL NUEVO MILENIO**

Pbro. Santiago Navarro Chávez

Organismos, Movimientos y Asociaciones Laicales

Diseño:
Creator, Agencia Católica de Publicidad.

Ediciones Católica de Guadalajara, S.A. de C.V.

Isla Flores 3344, Jardines de San José
Tlaquepaque, Jalisco, México C.P. 45085,
Tel.: (0133) 3144-867273

Primera impresión: marzo 2003

ISBN 968-5611-00-9

Derechos de impresión: Arquidiócesis de Guadalajara, A.R.
Impresión: Ediciones Católicas de Guadalajara, S.A. de C.V.
Impreso en México.

ÍNDICE

SIGLAS

PRESENTACIÓN

1. **DESDE LA DIVERSIDAD DE CARISMAS**

2. **LA EUCARISTÍA, FUENTE Y CUMBRE DE LA VIDA CRISTIANO-CATÓLICA**

3. **PARTICIPACIÓN EUCARÍSTICA Y VIVENCIA DE LA CARIDAD CRISTIANA**

4. **LA EUCARISTÍA, ORACIÓN TRINITARIA**

5. **FRUTOS DE LA EUCARISTÍA**

SIGLAS

CIC *Código de Derecho Canónico* (25-I-1983).

CEC *Catecismo de la Iglesia Católica* (11-X-1992).

DC Juan Pablo II, carta sobre el misterio y el culto de la Eucaristía *Dominicae Cena* (24-II-1980).

NMI Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* (6-I-2001).

PO Concilio Vaticano II, Decreto *Presbyterorum Ordinis* (7-XII-1965).

SC Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium* (4-XII-1963).

TB *La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio*. Texto Base del XLVII Congreso Eucarístico Internacional (Ediciones Católicas, Guadalajara, 2002).

PRESENTACIÓN

Una de la mayores riquezas de la Iglesia Católica son sus organismos, Movimientos y Asociaciones Laicales. Estas instituciones cuentan con la «Piedra Angular» es la Eucaristía; es el mismo Jesús Sacramentado.

No olvidemos que, en gran medida, la vida de la Iglesia está en sus laicos. Ellos tienen la tarea de hacer presente la acción salvadora de Dios en el mundo, en esas realidades donde los clérigos no puedan llegar o las que no pueden atender directamente. Reconocemos que, sin laicos, la Iglesia no existiría y no cumpliría el mandato de Jesucristo, su Fundador, para lo que fue creada.

Asimismo, siempre dentro de la Iglesia, los Organismos, Movimientos y Asociaciones Laicales tienen una referencia común, un territorio al cual deben orientar todos sus actividades. no referimos a la Parroquia, tal como lo señala el Papa Juan Pablo II:

«La experiencia bimilenaria del pueblo de Dios, enseña que la Iglesia no puede renunciar a estructurarse en parroquias, comunidades de creyentes arraigadas en el red de comunión diocesana. La parroquia es la “casa de la comunidad cristiana” a la que se pertenece por la gracia del Bautismo» (Juan Pablo II a los laicos que forman la Asamblea Nacional de los Consiliarios de la Acción Católica Italiana. *L'Osservatore Romano*, 28-2-2003, p. 7).

Así pues, las organizaciones de laicos tienen su principal referencia en la Parroquia.

Eucaristía, comunidad parroquial y Movimientos Laicales, son tres realidades en las que la Iglesia de Jesucristo se hace presente, en formas concretas y vivificantes, en el mundo. A todos lo bautizados nos corresponde dar a estas realidades su valor y su lugar en la vida cotidiana, teniendo siempre como centro, fuente y cumbre, a la Eucaristía.

Se espera de los laicos que aporten su testimonio diario de comunión en el mundo, así como su participación completa en la Eucaristía, buscando alcanzar la madurez en la fe mediante una formación permanente y con celo apostólico, para llevar a todo ambiente al mensaje el Reino de Dios.

Confiamos que este material de reflexión que ahora presentamos, encaminándonos a celebrar el 48° Congreso Eucarístico Internacional, sirva a todos los miembros de organismos, Movimientos y Asociaciones Laicales como un medio para profundizar en el conocimiento y amor a Jesucristo, Pan bajado del Cielo, Luz que ilumina a todo hombre.

+ J. Trinidad González Rodríguez,
Obispo Auxiliar de Guadalajara.
Presidente de la Comisión
Teológica y de Impresos para el
48° Congreso Eucarístico Internacional.

1. DESDE LA DIVERSIDAD DE CARISMA

1.1. ILUMINACIÓN: EL SÍMIL DEL CUERPO

Leer los siguientes textos, subrayando los elementos importantes: 1Co 12, 12-27; SC, 7.

1.1.1.COMENTARIO

Signo claro de la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia, de manera particular entre los fieles laicos, es hoy la aparición de formas peculiares que expresan el seguimiento de Cristo y el despertar a la conciencia apostólica, que, sin lugar a dudas, se tiene en toda la Iglesia de Cristo y de modo particular, en los Organismos, Movimientos y Asociaciones Laicales.

Es en la Iglesia particular donde dichos signos son visibles, expresados en la libre asociación de los fieles, quienes distinguidos por un especial camino, fortalecen su ser y quehacer dentro del Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, a la cual quedaron injertados desde el día de su Bautismo.

Esta diversidad de formas engalana a la Esposa del Cordero y la dispone para ser, en medio del mundo, un anuncio gozoso del Reino de Dios.

Es así que esa libre iniciativa del congregarse a partir de un estilo particular, ha de llevar a una consecuente conciencia de ser Iglesia, en medio del mundo y de la sociedad concreta. Llamados a compartir la misión que Cristo encomendó a la Iglesia, los Organismos, Movimientos y Asociaciones de laicos han de sentir suyo el reto universal de «remar mar adentro» (Lc 5, 4), dejando de lado la tentación de ser *ghettos* dentro de la Iglesia.

Con el Concilio Vaticano II, surgieron nuevos espacios de evangelización, conversión y de madurez cristiano-católica, además de los ya tradicionales de vivencia cristiana. Muchos de ellos no fueron proyectados por una persona humana en particular, sino que fueron respuesta espontánea que el Espíritu Santo hizo surgir en el interior de la Iglesia.

1.2. REALIDAD

Una cantidad importante de fieles encuentra en los Organismos, Movimientos y Asociaciones laicales ese espacio privilegiado para despertar su ser y quehacer como bautizados. Va en aumento la participación en estos espacios de Iglesia; crece la conciencia apostólica y la necesidad de capacitarse para hacer suya la misión eclesial, y no es otra que la de todos los bautizados: *«Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos, y bautícenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo»* (Mt 28, 19).

Dentro del pueblo de Dios florecen hoy, de manera particular, formas concretas que ponen de manifiesto la vocación a la santidad, a la que todo cristiano ha sido llamado desde el día de su Bautismo.

El mismo Derecho Canónico contempla esta necesidad y posibilidad de reunión y organización de los fieles laicos (cfr. CIC nn. 204, 211, 214, 215, 216).

1.3. INSERCIÓN PASTORAL

Ser testigos del amor (cfr. NMI, 42), desde una experiencia concreta, impulsa a ser miembros vivos de la Iglesia, viviendo en santidad. Los grupos laicales no pueden quedar marginados en la experiencia emocional; se ha de «apostar» por la caridad, que es inserción real en la labor que desempeña la Iglesia Diocesana y, en concreto, la parroquia, donde los fieles agrupados acrecieran su sentido de Iglesia. Cuando se habla de inserción pastoral, se ha de entender como asumir una tarea específica de trabajo apostólico, que no ha de violentar ni olvidar el propio carisma de la Asociación o Movimiento.

Las metas a lograr en el trabajo de la Nueva Evangelización, deben impulsar a los Movimientos de laicos en el afán de buscar, paso a paso, que Cristo sea conocido y amado; que amándolo, se le siga, y que siguiéndolo, se le anuncie.

Este empeño e interés por saber y actualizar el apostolado que se inserta en la diócesis y en la parroquia, corresponde de manera particular a todos aquellos que coordinan dichas agrupaciones vivas. Es importante conocer los Planes Pastorales, así como los Sínodos, y, sin descuidar el propio carisma, dejarse conducir para ser Iglesia que anuncia el Reino.

Son necesarias las evaluaciones periódicas del caminar de cada Agrupación laical, así como son inevitables las adecuaciones al caminar de la diócesis y de la parroquia. Dado que es ahí donde se hace visible la Iglesia Universal, también es donde se tiene la oportunidad de fortalecer la espiritualidad de comunión, tan necesaria en nuestro tiempo.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL O GRUPAL

1. ¿Existen *planes propios* para el caminar de Movimiento o Asociación?
2. ¿Cada cuándo se renueva el *equipo coordinador* del Movimiento?
3. ¿Se tienen revisiones anuales del caminar del Movimiento y de su inserción en la diócesis y en la parroquia?

2. LA EUCARISTÍA, FUENTE Y CUMBRE DE LA VIDA CRISTIANO-CATÓLICA

2.1. ILUMINACIÓN

La alegoría de la vid y los sarmientos. Leer Jn 15, 1-17 y CEC, 1324-1327.

2.1.1. COMENTARIO

En la Nueva Alianza, Cristo Jesús, Vid verdadera de Dios, invita a todo fiel cristiano a tener siempre en el horizonte de sus ser y quehacer cotidiano esta comunión-caridad de Dios, comunicación de la Vida de Dios que es santidad, de manera *radica, íntima e interna*, por la filiación divina. Dios que es santo, en Cristo, por su vida, pasión, muerte y resurrección, ha destruido el pecado, ha dado a los creyentes una vida nueva por esta Alianza Nueva, que es Alianza Universal y restituye en ellos la capacidad de vivir la Vida Trinitaria, para vivir en santidad.

El ser y quehacer de todo cristiano, se alimentan y fortalecen de manera principal en los Sacramentos, pero es a todas luces significativo que la Eucaristía es el Sacramento central de su peregrinar por esta Tierra. Aun los ministerios eclesiales y la misma vida apostólica, tienen una especial comunión con la sagrada Eucaristía (cfr. CEC, 1324), Es en la Eucaristía donde todo fiel creyente participa de la «Vid verdadera» (Jn 15, 1), que es Cristo del Señor.

2.1.2. LA EUCARISTÍA, FUENTE Y MEMORIAL SACRAMENTAL

Para todo cristiano, la Eucaristía debe ser centro y cumbre de su vida. A lo largo de su peregrinar por este mundo, el creyente queda vinculado a ella existencialmente. En ella se afianza su sentido de pertenencia e identidad como cristiano. Por ello, es necesario vivir la dimensión envolvente de la Eucaristía, es decir, no quedarse en la apariencia meramente externa de la celebración litúrgica, sino involucrar la vida personal en la inmolación de Cristo en el sacrificio, para ser de verdad un «adorador del Padre» (cfr. Jn 4, 21-24).

La última Cena de Jesús con sus Apóstoles aparece fundamentada claramente en las páginas evangélicas (cfr. Mt 26, 26-29; Mc 14, 22-25; Lc 22, 15-20); es un hecho real, históricamente comprobando. Es importante señalar que la institución divina de este Memorial sacramental está íntimamente unida a la institución del Sacerdocio ministerial.

En la Última Cena queda patente la voluntad del Señor de quedarse con nosotros, de dejar a la humanidad el don de unos alimentos que contienen el valor del ministerio de la redención: su cuerpo y su sangre inmolados, «don maravilloso» confiado a la Esposa Santa, que es la Iglesia.

La presencia de la «Cena del Señor» en el medio cristiano, desde sus inicios se vincula a los Apóstoles, y nace en medio de una comunidad. No se fue configurando de modo extraño al caminar de la comunidad, sino como elemento necesario de identidad en la comunidad de discípulos de Cristo. Así se constata el proceso de maduración de la comunidad primitiva, a partir de la «Fracción del Pan». La Eucaristía hizo comunidad, fue elemento constitutivo en la construcción de la comunidad congregada para celebrar la actualización de la vida de Jesús: «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hech 2,2 42).

2.2. REALIDAD

El misterio de salvación de Jesucristo se seguía prolongando en medio de las comunidades; su pasión, muerte y resurrección eran actualizadas por el memorial del misterio de Amor, el cual se une íntimamente al camino de la comunidad para esperar la venida del Señor.

La Celebración Eucarística no es un acto teatral. El hecho de repetir los gestos y palabras de Jesús, *«hasta que vuelva»* (1Co 11, 26), exige a los fieles laicos, agrupados o no en Asociaciones espontáneas, participar del memorial, del cual obtienen vida en abundancia, dado que se actualiza la muerte y resurrección de Jesús, Salvador de los hombres (cfr CEC, 1341).

El Espíritu Santo está aclarando a los Organismos laicales que la vida de Dios se da a los discípulos de Jesús por su participación del alimento de la Palabra y el Pan de Vida eterna. La estructura litúrgica de la Santa Eucaristía se apoya hoy, fundamentalmente, en la Liturgia de la Palabra y en la Liturgia Eucarística; ahí el Señor se sigue dando en inmolación redentora a los miembros de la Iglesia. *«Él es la Vid y nosotros los sarmientos»* (cfr. Jn 15, 1-17).

2.3. INSERCIÓN PASTORAL

Cada Agrupación laical ha de incluir, en medio de sus acciones formativas y pastorales, toda esta riqueza de vida que Jesús ha heredado a todos los discípulos; de manera particular, se han de impulsar convenientes catequesis acerca de la participación en la Eucaristía.

No se puede descuidar, ni dejar de lado, el cultivo de una espiritualidad eucarística entre los miembros activos de cada Asociación laica, dado que antes de tener tal o cual pertenencia a determinado «grupo», se es bautizado, se es cristiano, y es necesario recibir la vida de Jesús, Pan de Vida eterna (cfr. Jn 6, 51), así como emprender el camino para encontrarse con el Señor Resucitado (cfr. Jn 20, 20).

Es urgente hacer propio este itinerario del espíritu, que implica una opción ante la verdad de Jesús, que se inmola y hace presente por el poder del Espíritu Santo en cada Eucaristía. Hoy, se necesitan ojos de discípulo para contemplar al Maestro (TB, 7) y así convertirse en testigos de esta verdad, *«lo que hemos visto y oído»* (1Jn 1, 3). Se necesita, además, tener oídos de discípulo, para escuchar y entender las palabras del Maestro. Y lo más importante en este itinerario del espíritu, vivir siendo testigo del Amor.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL O GRUPAL

- 1.¿Cada cuándo se da la participación eucarística de los miembros de nuestra Asociación laical?
- 2.Por la participación eucarística, ¿se da una conversión cotidiana?
- 3.¿Qué resonancia tiene en la vida personal, familiar y social tu participación en la Eucaristía?

3. PARTICIPACIÓN EUCARÍSTICA Y VIVENCIA DE LA CARIDAD CRISTIANA

3.1 ILUMINACIÓN

La comunidad «piloto» de Jerusalén. Leer Hech 2, 42-47.

3.1.1. COMENTARIO

Al discurso de San Pedro el día de Pentecostés (cfr. Hech 2,1-41), se sucede inmediatamente una descripción amplia de las relaciones de la «comunidad piloto», la comunidad cristiana de Jerusalén. Es claro que la vivencia litúrgica o cultural conducía a sus miembros, necesariamente, a un consecuente compromiso. Cuando el amor cala hasta el alma, necesariamente se da una respuesta radical, para abrir los ojos y mirar las necesidades de los más pequeños, de los pobres, de los necesitados. Se descubre «la acción Eucarística» en el centro de la vida de esta comunidad cristiana: «El auténtico sentido de la Eucaristía se convierte, de por sí, en escuela de amor activo al prójimo» (DC, 6).

3.1.2. LA MESA DE LA PALABRA

Las dos partes fundamentales de la Eucaristía, son la Liturgia de la Palabra y la Liturgia de la Eucaristía. En un primer momento, sitúa a la comunidad que se congrega en una oración de perdón (acto penitencial), y conduce hasta el silencio adecuado para escucha de la Palabra de Dios (Liturgia de la Palabra). Es importante señalar la dinámica de este momento como diálogo entre Dios y su Pueblo. En la Oración Universal, el sacerdote y el pueblo oran para que la salvación proclamada sea realidad en la Iglesia, en el mundo y en la misma comunidad que celebra.

El corazón ha de estar abierto para dejar que la Palabra caiga «*como buena semilla en tierra buena*» (Mt 4, 20): con oídos atentos y corazón abierto, para dejar que la Palabra impregne y fecunde toda la vida cristiana (cfr. NMI, 39).

3.1.3. LA MESA DE LA EUCARISTÍA

Se puede decir que la cumbre de la Celebración Eucarística se encuentra necesariamente en la Liturgia de la Eucaristía; desde la preparación de los dones hasta la comunión, se vive y se actualiza el misterio de salvación traído por Jesucristo a la humanidad. El sacerdote, como presidente de la Asamblea, se integra íntimamente a la Celebración, hace de ella una oración, la más grande de su comunidad, la cual motiva su existir y con ella se compromete.

Esta segunda mesa del Misterio Eucarístico requiere de todo creyente una actitud de fe viva, consciente de este momento de culto en el que Jesús mismo se hace comunión con cada uno de aquellos que se acercan dignamente a recibirlo.

Esta plena disposición debe invadir la vida toda del creyente, para que se acerque dignamente a recibirlo. No se trataría, entonces, de un mero gusto como requisito para participar de la Mesa Eucarística, sino que indica aquella disposición que conlleva hacer a un lado la situación de pecado y entrar en camino de conversión continua, camino de santidad.

Es necesario el «traje de fiesta» para una participación digna y plena en el banquete del Señor. Por eso, quienes se acercan son dichosos, están dispuestos a emprender este itinerario que les da Vida Eterna.

3.2. REALIDAD

La globalización ambivalente imbuye a los fieles cristianos y, por ende, a aquellos que militan en Movimientos y Asociaciones católicos, quienes no dejan de contagiarse negativamente de los sistemas económicos salvajes, la deshumanización creciente y la cultura de la muerte; al igual que da la creciente brecha entre pobres y ricos, y por lo mismo desdicen del amor fraterno a que impulsa la Eucaristía (cfr. TB, 27).

Este influjo se da en medio de los fieles, incluso entre los miembros de Movimientos y Asociaciones laicales, quienes llegan a considerar que se puede llegar a la Celebración Eucarística a la hora de la proclamación del Evangelio; se da la costumbre de dedicarle a la Misa «el menor tiempo posible».

Por otro lado, ocurre el fenómeno de la flojera subyacente en muchos católicos, en la asistencia dominical a la Eucaristía.

En algunas comunidades cristiana, hay gran afluencia de personas al momento de la Comunión. Aquí, es momento de recordar la necesaria disposición; es imprescindible purificar la propia vida con el Sacramento de la Penitencia, dado que además de ser «banquete», la Eucaristía exige de cada uno de quienes la reciben, ser «digna morada».

3.3. INSERCIÓN Y PASTORAL

3.3.1. VIVIR LO QUE SE CELEBRA

Oración y compromiso están necesariamente relacionados con la Sagrada Eucaristía. Desde ella, el fiel cristiano hará posible la «configuración con Cristo» (cfr. Rm 6, -5); es por la participación en este memorial que se actualizan la muerte y resurrección de Cristo Jesús, cuando el creyente fiel alcanza de la voluntad del Señor, para todo hombre y toda mujer, en cada rincón de la historia, su salvación, ofrecida en el sacrificio incruento de la Santa Eucaristía.

Si participa en esta fiesta de donación, cada fiel cristiano está llamado a conservar una actitud reverencial antes de la Eucaristía, cuando participa en ella y aún después de ella, en un momento de acción de gracias personal, para así alcanzar la alegría y entusiasmo necesarios en el trabajo pastoral, que brota generoso de la vivencia participativa de la «Gran oración Eucarística».

No se ha de perder de vista la participación comunitaria, respetando la esencia misma de esta «Alabanza al Padre», dado que es la misma «Misa de todos los siglos» (CEC, 1345). Esa participación activa *santifica*, porque este «Pueblo Sacerdotal» y Pueblo Santo está en la presencia de Dios mismo, porque todos deben de la fuente de Agua y Viva que es Jesucristo, Palabra que ilumina, Cuerpo y Sangre que fortifican, vida e historia de este Pueblo que es, ahora, *Historia de Salvación*.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL O GRUPAL

Es el Movimiento o Asociación laical a que perteneces:

1. ¿Hay calidad en la participación eucarística?
2. ¿Se tienen catequesis frecuentes para preparar cada Eucaristía?
3. ¿Se cuenta con un «equipo litúrgico» en el seno del Movimiento o Asociación?
4. ¿La participación eucarística provoca el compromiso apostólico?

4. LA EUCARISTÍA, ORACIÓN TRINITARIA

4.1. ILUMINACIÓN

Leer los siguientes textos, subrayando los elementos más importantes: CEC, 1348 A 1355.

4.1.1. COMENTARIO

Toda la estructura litúrgica es una «alabanza al Padre», y se ha de desarrollar con un dinamismo de apertura a la presencia del Espíritu Santo. En ella, el Hijo de Dios se inmola actualizando la salvación en cada momento de la historia; en la Santa Eucaristía, se desarrolla todo un culto Trinitario.

4.1.2. AL PADRE

Con frecuencia, los escritos evangélicos presentan a Jesús en un movimiento particular de relación: al Padre a Jesús, y de Jesús al Padre (cfr. Lc 3, 21; 6, 12; 9, 28s; Jn, 17, 1-26; Mt 26, 39; 11, 25s). En labios de Jesús está siempre el «¡Padre mío!»; sólo Él puede llamarlo así plenamente, sólo Él puede escuchar: «*Tú eres mi hijo amado*» (Mc 1, 11).

La meta fundamental es la glorificación del Padre, y la oración eucarística trata siempre de llegar hasta los bordes de la Gloria de este Padre Dios, del «querido Padre Dios» de Jesús y «Padre Nuestro». Por la filiación divina que nos ha otorgado Jesús, mediante la Eucaristía se puede acceder a una relación con el Padre Dios, que ama y que está atento a las necesidades antes de que se le pidan (cfr. Mt 6, 8).

Jesús vino a revelarnos este Dios como «Padre» y abrió la puerta para hacer posible la *comunión filial*. Por Jesús, el discípulo cristiano accede al «Santo de los Santos», como hijo en el «Hijo»; como miembro de la familia de este Padre, realidad que rebasa todos los límites de las categorías humanas.

El Padre del Cielo es el centro de atención; hacia Él se elevan todas las oraciones. La Eucaristía impulsa a todos los creyentes a dirigir mente y corazón al *Abbá* de Jesucristo, que ya es Padre Nuestro. La dimensión comunitaria de los reunidos en alabanza eucarística es trascendente porque se redescubre el sentido fraterno, ya que todos son «hijos de Dios». La comunidad toma significado en este impulso de Amor, que entra en esta dirección de amor al Padre que ha prodigado sus dones a estos hijos congregados para adorarlo, bendecirlo y darle gracias. En el ritmo de la Alianza nueva, los hijos ahora se acercan confiados, y a Él que es Padre Bueno, agradecen el don de la vida. Llegan a la Eucaristía con el objetivo de amar a este Buen Dios, que ha descubierto su rostro de Padre.

4.1.3. POR EL HIJO

La Eucaristía, sacrificio memorial, tiene como ofrenda fundamental a este «Hijo del Padre» que se entrega por Amor.

En el relato evangélico de San Juan, cuando Jesús se disponía a partir hacia el Padre, declaró que era «mediador» en la relación con el Padre:

«Nadie va al padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre: desde ahora o conocéis y lo habéis visto..... El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.... Creedme, yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn 14, 6-11).

Para eso, precisamente, se ha encarnado (cfr. Jn 1, 14), para mostrar a Dios con el lenguaje humano y así participarnos la experiencia divina. Será por eso que en la Eucaristía, que es el «Memorial de la Pascua de Cristo» (CEC, 1361), se da un encuentro en que los cristianos, reunidos en Asamblea Eucarística, participan de la actualización de esta Pascua de Cristo.

4.1.4. EN EL ESPÍRITU SANTO

La oración eucarística arraiga su identidad en una oración netamente trinitaria; es «crítica» y «filial», es encuentro de los hijos de Dios con el Padre, por medio de Cristo, en el Espíritu Santo, el cual viene en ayuda de los fieles en su debilidad e intercede por ellos con «sonidos inexpresables» (Rm 8, 26). Es el Espíritu Santo el que hace fecundo el camino de la escucha de la Palabra, el que enciende los corazones para el encuentro de Amor (cfr. Lc 24, 32) y dinamiza una participación consciente. El Espíritu sabe todo y da vida desde el interior; brota de lo íntimo y lo penetra. Tiene, además la libertad del viento. Por esto se le llama «Hábito Divino».

Esta tercera Persona de la Santísima Trinidad es la que impulsa a los cristianos a buscar que cada Santa Misa sea encuentro íntimo. Sólo el «Consolador prometido» es quien hace exclamar «¡Abbá!, ¡Padre!»; se une al espíritu de cada creyente para testimoniar la filiación divina (cfr. Rm 8, 15-16).

El Espíritu Santo es el motor de la oración eucarística, Él da la sabiduría y el gusto por este encuentro; Él es la vía adecuada que anima y enciende en la búsqueda de Dios.

4.2. REALIDAD

Aunque se pregona en el mundo intelectual que los tiempos son «posmodernos» y que este mundo ya está, «globalizado», la presente sociedad no deja de sufrir una gran falta de este «sentido de comunidad»; por el contrario, se cultivan el hedonismo y el culto a la propia persona. Los creyentes que celebran el Memorial de alabanza al Padre, por el Hijo en el Espíritu Santo, van creciendo en una nueva conciencia de ser «hijos» de un mismo «Padre», lo cual provoca la necesaria «fraternidad» que tanto necesita esta humanidad.

Se constata la falta de «sentido de la vida» en gran número de seres humanos, de lo que se desprende, de manera particular, la gran cantidad de suicidios en las grandes ciudades, y lo que más preocupa, entre jóvenes, adolescentes y niños. La Eucaristía sigue siendo la respuesta para todo ser humano, pues en ella puede encontrar la fuente misma de la vida.

Otra enfermedad visible que golpea a toda la humanidad es el terrorismo galopante, que daña no sólo a las naciones que lo padecen, sino que de inmediato lastima a esta «comunidad global», hasta a los más lejanos, a quienes puede parecer sólo noticia, pero no dejan de sufrir, en una forma u otra, la repercusión de este mal del tiempo presente.

4.3. INSERCIÓN PASTORAL

Una verdadera participación eucarística conlleva el redescubrimiento de cada una de las partes de la Santa Misa, dado que es la más grande oración en la cual se hace visible la dimensión trinitaria. Por lo tanto, los bautizados han de ser los primeros en «degustar» cada una de las partes de la Celebración.

Estamos llamados a profundizar, en cada uno de los espacios de Iglesia, la dimensión comunitaria, que hunde sus raíces en el sentido de la «filiación», como hijos del mismo Creador y Señor del universo. Si quedan evidencias de «piedad intimista», se ha de impulsar la apertura gozosa a una participación eucarística que acreciente la cercanía entre los integrantes de una comunidad específica.

La preocupación por la formación de todos los participantes que de modo activo están más cerca de la celebración litúrgica, implica un ejercicio de formación permanente.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL O GRUPAL

1. La participación en la Eucaristía, ¿propicia en nuestra Asociación o Movimiento que seamos creyentes con sentido comunitario y conciencia fraterna?
2. ¿Cuáles son las expresiones concretas de que nuestra Asociación laical es una comunidad?
3. ¿Cuáles son los signos de la vivencia fraterna?

5. FRUTOS DE LA EUCARISTÍA

5.1.1. COMENTARIOS

La relación íntima que hay entre el fiel cristiano y la Eucaristía, necesariamente lleva a aquél, a vivir lo que celebra. Por eso la Celebración litúrgica no queda desligada de la vida ordinaria, sino más bien se baña de todo ese encuentro de gracia, y el llamado a ser luz y vida en el mundo ha, de ser sal que impregne del sabor de Cristo.

El creyente y el Sacerdote que preside la Celebración ¿se ha dicho ya? están «íntimamente trabados a la Eucaristía» (cfr. PO, 5), y por esto debe tenerse cuidado en no perder la vista este «misterio de la fe», que traslada al fiel cristiano a un clima de reverencia que consiste en el cuidado que se tiene en preparar el encuentro eucarístico y vivirlo con plena conciencia de adoración, a Dios Padre de todos, por su Hijo Jesucristo que se inmola, en el Espíritu Santo que alienta y hace presente el acontecimiento eucarístico, pero sin olvidar que lo que se celebra está llamado a ser vivido en la vida cotidiana.

Una auténtica participación de la Eucaristía debe desencadenar un testimonio creíble de lo que se ha celebrado. la invitación final, «podemos ir en paz», indica aquella misma misión confiada a los Apóstoles (cfr. Mt 28,20), la de ser testigos de la vida. Por eso, la Eucaristía no estará completa sin la inserción del testimonio de amor en la vida ordinaria.

La Eucaristía «continúa» en la calle, el trabajo, la escuela y la oficina, en una vida de entrega sincera a los demás; no se puede pasar de largo. Es urgente abrir los ojos en el entorno propio para se «semilla de mostaza», signo de ese Reino de Dios que ya está presente.

Si Dios mismo se da en el Banquete fraterno, el discípulo que ha participado de éste queda comprometido a hacer llegar el alimento necesario a cada mesa en la que no hay alimento suficiente. Su participación lo lleva a no olvidar a quienes, más allá de las fronteras visibles, no tienen para comer.

Es verdad que, para los «comulgantes», la Eucaristía viene a ser una expresión del servicio cristiano, llamado con toda certeza «solidaridad», y ha de ser una «escuela, fuente de amor y *diakonía*» (TB, 56).

5.2. REALIDAD

Los rastros del egoísmo y el culto a la persona son visibles por todas partes. El «parecer» importa antes que el «ser», y la marginación tiende a valorar a las personas sólo por lo que se ve: «Tanto vales, cuanto tienes». Persiste el ataque velado a la dignidad de la persona; se pasan por alto sus derechos, existen diversos «niveles» en una sociedad donde sólo «cuentan» quienes saben «contar» y los demás no tienen cabida.

Las tinieblas de este tiempo «posmoderno» y «globalizado» nos hablan del comercio de drogas, el «lavado de dinero», la corrupción en todos los niveles; violencia, armamentismo, discriminación racial, brecha entre ricos y pobres; todos, indicativos claros de una pérdida del sentido cristiano de la vida.

Hoy por hoy, en muchos ambientes ya no existe una referencia moral; ya «nada es malo», todo es muy «normal», lo cual provoca una creciente confusión de valores, aun valor de la dignidad de la propia persona y la propia existencia.

La falta de coherencia de los mismos creyentes va en aumento; se tiene vergüenza de aparecer como creyente cristiano y se trata de esconder la luz que brota de la participación eucarística.

5.3. INSERCIÓN PASTORAL

La participación del pan de Cielo, urge a emplear formas y modos encaminados a una visible y efectiva inserción pastoral de los diversos carismas presentes hoy en la Iglesia, de modo particular, de los que brotan entre los fieles cristianos agrupados en Movimientos o Asociaciones laicales. Todos están llamados a formar auténticas comunidades eucarísticas que expresen de manera explícita su «comunidad» e implicación dentro de la Iglesia.

Los creyentes son llamados a permanecer unidos íntimamente a Cristo y a perseverar en esta íntima relación, acrecentando la vida de la gracia en el itinerario de la vida cristiana (cfr. CEC, 1398).

Fruto efectivo y activo de la vida del cristiano, es la clara separación del estado de pecado, dado que se recibe «la Vida misma de Dios», vida que purifica y preserva de los pecados venideros.

Comer el pan de la Vida y beber la Sangre que salva, lleva al fiel discípulo de Jesús a fortalecer la unidad del “Cuerpo Místico”, porque mediante la Eucaristía se fortalecen los lazos íntimos de comunión y cohesión entre quienes han participado del mismo Pan.

Hoy también, como ayer, el compromiso eucarístico incita a ver de manera particular a los «pobres»; hay que tener ojos abiertos para descubrir al mismo Cristo que sufre en ellos (cfr. Mt 25, 40).

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL O GRUPAL

- 1.¿Qué frutos de convivencia y conversión provoca la participación en la Eucaristía?
- 2.¿Qué signos negativos están presentes entre los integrantes de nuestras Asociaciones?
- 3.El reto de la promoción del verdadero sentido comunitario, ¿qué implicaciones representa en nuestros Movimientos?
- 4.¿Qué se debe hacer para cultivar la sana espiritualidad eucarística?